

LA SAETA

SEM ANARIO ILUSTRADO

Año X

Barcelona, 16 de Marzo de 1899

Núm. 434



Oriental.

Reutlinger.



Novela corta

II

La alegre caravana no estuvo en Sevilla sinó lo que duran sus fiestas y ferias; después se corrió á otras capitales andaluzas, amparándose de Granada con más deleitamiento del que podía presumirse en gente moza. Pasaron muchas tardes en la Alhambra, donde herr Kenteld prorrumpia á cada paso en exclamaciones de admiración. Marianilla evocaba entre tanto al genio de la Historia, contando maravillosos cuentos, con facundia poética que habria producido enojos á Chateaubriand si la oyese, y á miss Forgent se la encontró una vez mandando besos con la punta de los dedos á los leones. Por cierto que esta aventura, digna de Don Quijote, inspiró á mister Rolland (quien además de ser músico tenia algo de pintor) un cuadro notable.

Puede presumirse, sin que yo lo asegure, que los extranjeros gozaban de regular fortuna, y añadiré por mi cuenta, que algunos, entre ellos *monsieur Vernot* y su hermana *mademoiselle Jeanne*, eran archimillonarios. Las hembras habían trabado amistad en el colegio con la señorita Pertiguero, y gracias á la prudente educación que se las daba (y que aquí censuráramos creyéndola licenciada), se estableció entre ellas y los varones trato afable y respetuoso. Cuando Mariana les dijo que se volvía á sus lares, propuso Rolland que la acompañasen todos hasta Madrid; y desde este punto concertó la excursión á provincias. Cuando correteaban por Andalucía decidieron ir á Valencia, dejando el viaje al noroeste para los días calurosos del verano.

Como el respeto con que miran los extranjeros á la mujer no impide que de ellas se enamoren, ni les priva el ser corteses oficiar de galantes, ocurrió que con tantas idas y venidas, y tanto estar juntos y en correspondencia inteligente y noble, se le convirtió á Rolland la simpatía por la española en fogoso cariño, y no fué chispa, fué llama lo que estuvo á pique de consumir su sér; hasta tal extremo, que no se limitó á ponderar su pasión (murmurándola al oído de la joven), sinó que pidió matrimonio con las ansias y angustias del que perece. «Lo que tardara su padre en correr de Londres á Madrid, y en proveerse lo necesario, aunque tuvieran que forzar los trámites á copia de oro».

Este *mister Rolland* era hijo de uno de los más ricos banqueros de la *City*: inglés culto, de educación exquisita, acostumbrado á vivir como los príncipes y á satisfacer todos sus caprichos y antojos. No podía ponerse tacha á su figura arrogante; tenía ojos perspicaces y vivos, inteligentes; proporcionados y anchos los hombros, y recios los puños. Agradábale á Marianilla su presencia varonil, pero acogió con risotadas la proposición amorosa. Después se puso seria y le tendió la mano.

—No hablemos más de eso — dijo.

—¿Por qué, señorita? — replicó el pobre mozo con acento triste. — ¿No comprende usted que ya no puedo vivir sinó á su lado? No he sentido cuán fuerte y poderoso era este amor hasta ahora, pero yo la amo á usted desde que la conozco casi. Cuando usted dijo en Paris que nos abandonaba, pasé una noche infernal, como si me hubieran dado un golpe de maza en la cabeza. Luego propuse este paseo para retardar la separación.

—¿Me quiere usted mucho?

Rolland no contestó; apoderóse otra vez de la mano de Mariana y estampó en ella un

ardiente y cariñoso beso. La joven contestó, sin protestar de la caricia y como si no hubiera sentido el calor de los labios en su piel:

—No me disgustaría que fuese usted mi marido. ¿Quién sabe? Es posible que viviéramos dichosos; pero yo no sé si le amo á usted, Rolland; yo no sé lo que es amor, y en cambio, tengo ideas muy raras y extravagantes acerca del cariño, y una teoría, que no quiero exponerle, del casamiento.

—¿Y si yo le hiciera á usted un sacrificio muy grande, muy grande, el de esperar hasta que usted me creyese digno de la confianza que hoy me niega?

—¿Aunque fuese toda la vida? — añadió Mariana riendo picarescamente.

—¡Ay, señorita de mi alma! Vivir toda la existencia con la esperanza de que llegue un día en que usted quiera ser mi esposa, equivaldrá á pasar un purgatorio de tormentos dulces y engaños por la ilusión; el infierno fuera verla á usted aprisionada por otros brazos que no la estrecharán, por mucho que la adoren, con tan delicada ternura como los míos.

—Mire usted, Rolland...

Interrumpióse la Pertiguero y pasó la mano por su frente como si quisiera apartar una idea sombría; apretóla el mozo con amables y respetuosas instancias para que declarase las ideas que él veía cruzar como nubes por el limpio horizonte de sus ojos, y á pique pareció

estar la señorita de rendir los ánimos, y aun es seguro que los rindiera, si no hubiese visto que se acercaba Jeanne Vernot.

—Ni una palabra entre nosotros, Eduardo — dijo á Rolland. — El otoño lo pasaremos en Suiza, según está concertado, y allí se disolverá la caravana. Los Vernot volverán á Paris; Kenteld á Viena; miss Forgent á Edimburgo, y usted...

—Yo á Madrid.

—O á Londres; entre tanto, estúdieme usted á conciencia y procure darme motivo para que yo juzgue su carácter.

—Eso quiere decir...

—Eso quiere decir que es posible que no me ame usted tanto, tanto como asegura

—O usted tan poco como supone.

Y cambiaron discretamente la intención del palique, á punto que mademoiselle Vernot preguntaba:

—¿Están ustedes concertando algún plan para esta tarde?

—Lo tenemos todo listo — contestó Rolland, á quien la alegría le saltaba por los ojos. — Estarán las tartanas (he pedido tartanas para que la fiesta sea más típica) á las dos en el hotel y pasaremos la tarde en el Grao.

—Supongo que no tendrá usted inconveniente en ser mi caballero — agregó, con la sonrisa más graciosa en los labios, la francesa.

—Precisamente — contestó con atropellada frase la española — acabo de indicarle que debe hacerlo así, puesto que á mí me ha comprometido su hermano el señor Vernot, y Kenteld ya saben ustedes que lleva su patriotismo hasta el extremo de no congeniar sinó con miss Forgent.

Rolland se inclinó ofreciendo el brazo á Jeanne para acompañarla á la mesa.



Gente de circo.

Al entrar en el comedor del hotel de Roma, la Pertiguero dijo á Carlos Vernot:

—¿No es verdad que hacen una pareja muy linda?

Rolland pensaba entre tanto: «Es la primera prueba: ¿no he de adorarla si tiene talento para dar y vender á los hombres?»

Si Mariana era hermosa, no se quedaban atrás en punto á belleza sus amigas y compañeras de excursión: la miss no parecía un palo por lo estirada y seca, como nos las representan en caricaturas y dibujos... de mal género, naturalmente. He visto yo (y conste que no la he adorado) á una irlandesa que no tenía por qué envidiar la figura ni el genio de la española más pizpireta y avispada. La señorita Forgent era rubia, graciosa de carnes; es



decir, agradable en la combinación de curvas y de líneas; muy pronunciadas tenía, sin que dejaran de ser dulces, las facciones; y puede decirse que sólo se marcaba el sello de su país en el azul de las pupilas, que parecían vueltas siempre á lo ideal, y en el dejo de sus palabras. Mademoiselle Jeanne era una morenilla graciosa de Lille, pero educada en París desde los cinco años, tenía toda la desenvoltura picaresca de la parisiense. Milady Hobson representaba en aquel lucido grupo de bohemios aristócratas el *sentimiento* grave, el poder moderador, si se me permite, por cuanto sus consejos se acataban como órdenes y decidían todas las crisis. Era viuda de un general del segundo Imperio, con quien casó en una capilla protestante de Liverpool, puede decirse que á despecho de franceses é ingleses. Su marido murió en la desastrosa jornada de Sedán, dejándola joven, no cansada por el amor, resplandeciente de hermosura. Conservábase fresca, á pesar de sus cuarenta y tres. Tenía á su cargo, (ayudándole en la mecánica Rolland) las cuentas del viaje, que abonaban religiosamente los excursionistas, sin perjuicio de que derrochasen, en pujo de obsequios, lo que les viniese en gana de su peculio particular. Así, por ejemplo, pagaba el inglés enamorado de Marianilla, la gira dispuesta para aquella tarde.

A la hora en punto, subían en la primera tartana milady Hobson, mister Rolland y mademoiselle Vernot, y en la segunda, herr Kenteld, miss Forgent, Eduardo Vernot y la Pertiguero.

Cuando Rolland dió la mano á Jeanne para que pusiera el pie en el estribo, con galantería correcta que hubieran envidiado muchos españoles, Marianilla repitió en voz alta, como si respondiese á uno de los más íntimos pensamientos de su imaginación revoltosa:

—Decididamente, forman una pareja muy linda.

¿Que sí ó que nó?

J. F. Luján.



¡ Vaya una ristra, eh

The Standard.

Los pueblos de Europa

Según un cuento tcheque, cuando el diablo fué precipitado del cielo, chocó con tal violencia contra la tierra, que su cuerpo se dispersó en pedazos. La cabeza cayó en España, el corazón en Italia, el vientre en Alemania, las manos en Turquía y Tartaria y los pies en Francia. Por esta razón los franceses aman la danza, los turcos y tártaros el pillaje, los alemanes la mesa, los italianos el amor y la traición, y los españoles las satisfacciones del orgullo. Entre los esclavos cayó el libro que el diablo tenía en la mano en el momento de su caída, para que escribiesen en él todas las injusticias de que han sido víctimas desde tiempo inmemorial: así es que este libro está ya completamente lleno.

Todos los pueblos tienen proverbios de este género referentes á sus vecinos, proverbios que no siempre son halagüenos.

Los alemanes tratan de testarudos á los tchecos. Estos no se ofenden por ello, antes bien, dicen de sí mismos: «el tcheque tiene un corazón de yesca y un pedernal en la cabeza; que se les frote uno con otro y echarán chispas». En cuanto al apodo «cabezas de alcornoque», lo devuelven á los alemanes de pura raza.

Los alemanes dicen del ruso: «Sin el knut (látigo) no hace nada bueno», y «rascad al ruso y gruñirá el oso», proverbio que el francés parafrasea en estos términos: «rascad al ruso y hallaréis al tártaro». Los ingleses se contentan con calificar de «niños barbudos» á los rusos. En Bohemia y Galitzia se designa con el nombre de alemán todos los seres ú objetos poco seductores. Por ejemplo, el ratón es un alemán; los slavs dan al sapo el nombre de «cangrejo alemán» y al cardo el de «rosa alemana».

El inglés pretende que el juramento de un alemán no vale nada, y que su palabra es la mentira. El francés, que califica de alto al alemán todo lo que no se entiende, asegura que el alemán es violento é injusto y ve en todas las querellas un motivo, «querellas de alemán». Los daneses se sirven de una frase análoga, y los italianos no reconocen en el mundo nada peor que un alemán naturalizado; «Tudesco italianisato, diavolo incarnato». Según los polacos, los alemanes son los mayores glotones y los mayores borrachos de la tierra, de donde viene este proverbio: «Un puente polaco, un ayuno alemán y una misa italiana, no valen nada.»

Los franceses no son mejor tratados por sus vecinos. «Atila fué el azote de Dios, y los franceses son hermanos»; dicen los italianos, y los alemanes: «al francés ha de tratarse como amigo, no como vecino». He aquí otro de sus proverbios: «Viven como el buen Dios en Francia». El español, en su orgullo, no quiere admitir este dicho; antes bien, pretende que «si Dios quisiera vivir en la tierra, habitaria en España, teniendo por cocinero al rey de Francia».

Entre los franceses, alemanes y españoles, inglés es sinónimo de acreedor.



Consuelo Mascarache.

ELDORADO.



Los tipos de la Mascaraque.

Los rusos dicen que los ingleses tienen el espíritu en la punta de los dedos y los franceses en la punta de la lengua. Los ingleses dicen de su país: «La Gran Bretaña es el paraíso de las mujeres, el infierno de los caballos y el purgatorio de los sirvientes».

Los servios dicen: «Tres turcos y tres griegos hacen seis bribones», á lo que contestan los griegos: «desconfiad del viejo turco y del joven servio». Según los rusos, el griego no dice la verdad más que una vez al año, y añaden «el tsigan es engañado por un judío, y el judío por el griego, el griego por el diablo».

Los italianos son generalmente muy mal tratados. «Sucio como un italiano» se dice en Francia, y también: «la mitad de un italiano es demasiado en una casa». Los dálmatas aseguran que «el italiano, por el dinero es capaz de matar á su hermano»; pero se hace justicia al espíritu italiano, diciendo: «para engañar á un italiano, es necesario madrugar mucho».

Proverbio polaco: «el italiano reflexiona antes de hacer una tontería, el alemán al hacerla y el polaco después de haberla hecho». He aquí otro dicho del mismo origen: «lo que el italiano inventa, lo hace el francés, lo vende al alemán, lo com-



HELOISE TITCOMB

Les bailo este can-can histórico para probar que. ♦

La Saeta

pra el imbécil polaco y lo roba el ruso.» En Italia se dice: «el español parece malicioso y no lo es; el francés parece loco y no lo es; el italiano parece malicioso y lo es; el portugués parece loco y no lo es». Se dice también: «si se ocupa una isla, el español edifica desde luego una iglesia, el francés un cuartel, el holandés una tienda y el inglés una taberna». También hay este proverbio polaco: «la serpiente engañó á Eva en italiano, Eva engañó á Adán en tcheque, Dios la maldijo en alemán y el ángel los expulsó en húngaro».

Para concluir, véase este proverbio tcheque (austriaco): «la alemana está hecha para el establo, la tcheque para la cocina, la francesa para el salón».

Conclusión: nadie sale bien librado en el concepto de los otros. Lo mismo sucede á los individuos, respecto del concepto de los demás. Todos tienen razón y ninguno la tiene. En la variedad infinita de nuestra especie y sus respectivas características condiciones constituyen, (en unidad, la condición humana.



❖ La Maintenon habría tenido celos... ¡unos celos! ❖

Pensamientos

Los tunos han inventado el cielo; los tontos se han creado el infierno.



Haz bien, pero mira á quien; que después de mirarlo no harás bien.



Ninguna ley puede servir de disculpa á los hombres para hacer daño á un hermano.

LUIS DE BURGOS.

Es cosa sabida que en España votan hasta los muertos.

• Esta es la razón, y no otra, de que el cuerpo electoral esté tan corrompido.



Hay oradores que al exponer una idea, dicen siempre: *Tengo para mí.*

Eso prueba que la avaricia se ha ingerido en la elocuencia.

FEDERICO MOJA.



❖ ¿Cómo iba á creer Luis XVI en la tragedia de la guillotina?... ❖



❖ En cambio, á los señores del Directorio los mareo ¡vaya si los mareo! ❖



Downey.

❖ Y es que todo el poder nuestro está en el arte con que nos recogemos las faldas. ¿Quién es el guapo que resiste? ❖

¡ Buena la hemos hecho !

SR. D. J. F. LUJÁN:

He leído las frases lisonjeras que me dedica ese ilustrado periódico que usted con acierto... y tal dirige. Agradezco los elogios, claro es como la luz; pero en malhora se les ha ocurrido á ustedes llamarme guapa. No lo fuí nunca y ahora, que voy galopando camino de la ancianidad, menos. Cierto que, sin ocultar los años, como hacen muchas damas, puedo afirmar que no soy vieja; pero seguro también que no estoy para andar en esos trotes de la galantería. Desgraciadamente, los hombres de nuestro país están, no obstante la aseveración de algunos articulistas, á la altura de las mujeres. ¿La culpa es de ellos ó de ellas?

Mucho podría decir tratando este punto, y aun sin jactancia, se me figura que no tendría por qué echar Silvela al saco de los papeles inútiles los consejos que le diese yo; pero ahora no se trata de esas filosofías: se trata de reñirle á usted, porque no conoce á nuestros paisanos. Y para que se convenza, y con el objeto de que no resulte fatigosa mi lectura, ahí van dos botones:

Uno de los amigos íntimos de Polavieja, que juega frecuentemente á carambolas con mi marido, entró en mi casa la otra noche como entró, según, sus biógrafos, Victor Hugo en la Academia: como bala de cañón.



EN EL CUARTO DE COROS. — ¡Arrepujal ¡fuertel ¡os prometo un espectáculo divertido!

El. — ¿Ha leído usted LA SAETA?
Yo. — Ahí está; cuando repasaba los dibujos, se ha puesto á llorar mi *rorro*, y para darle el pecho...

Otro hombre habría elogiado mi conducta, puesto que para una madre son siempre sagradas las atenciones que prodiga al hijo; el imbécil á que me refiero prescindió de que me hallase yo cunando á la infeliz criatura.

El. — LA SAETA ha confirmado la opinión que tenía formada respecto de...

Yo (*burlonamente*). — ¿De la crisis?

El. — No sea usted guasona; ya sabe que no se mete ese semanario en asuntos que...

Yo. — Que no le importan: debiera usted imitar el ejemplo.

El. — Eso hago; y repito con el director de LA SAETA que es usted guapa, tan guapa que...

Yo. — Que se ha enamorado usted de mí, como si lo viera. Y se vale usted de la ocasión porque la cortedad...

El. — ¡Ah, señora, cuesta tanto trabajo decidirse á declarar, á una mujer como usted, que ocupa todo nuestro pensamiento, que inflama nuestro corazón, que!

Yo (*interrumpiéndole*). — Etcétera. Usted acaba de leer una novela por entregas, ó un *folletón*, como dicen algunos traductores. Bueno, bueno: quedamos en que me ama usted y en que yo se lo agradezco; porque mire usted, amigo mío, el cariño es noble ó no lo es: yo no puedo decidir ahora en punto á la bondad de sus sentimientos; pero consultaré con mi marido y como si la pasión es digna, tanto él como yo debemos corresponder á la deferencia de usted, tenga por seguro que mi alma...

El (*sonriendo cinicamente*). — ¡Oh, su alma! No se trata de su alma...

Yo. — Es decir, que recuerda usted los versos de Espronceda y le estorba la... *psicología*, como á los burros.

El. — ¡Señora!...

Yo. — ¡Caballero! Digo... bien sí, caballero. Y recorro á su caballerosidad para que no vuelva á acordarse de este asunto.

El. — Es lo mismo que si me pidiera usted que cogiera el cielo con las manos: hace mucho que me consume la llama de esos ojos, que aborrezco al poseor de esos encantos, que...

Yo (*á un criado que se presenta, acudiendo á mi llamamiento*). — Acompañe usted á este señor hasta la puerta, para que no la confunda con la que corresponde á las caballerizas.

Prescindo de la confusión del *caballero* y de la *ultimación del incidente*.

Veinte minutos después entra mi esposo:

El (*mi marido*). — ¿Te has enterado de lo que dice LA SAETA?

Yo. — ¡Sí, sí; que soy guapa, que...! ¡Cuidado que sois impertinentes los hombres!

El. — ¿También el director del periódico?

Yo. — También: pero advierto que LA SAETA ha dicho que soy perfecta casada.

El. — ¿Y yo?

Yo. — Tú para serlo debieras elegir á tus amigos, á fin de que no saltase nadie en tu hogar creyendo que el matrimonio es una especie de carambola por tablas.

El. — ¡Ay, amiga mía! Te conozco perfectamente y sé que, si alguien ha cometido esa torpeza, no habrá faltado el retruque que impida la carambola; pero dime de quien se trata y te aseguro que, además de tu lección, le daré otra de... *tacos*.

También prescindo aquí del final, pero vinieron explicaciones imprescindibles, y de esas explicaciones resultó que... amigo Luján, ha hecho usted mal en llamarme guapa, primero, porque como he dicho, no lo soy, y segundo, porque hay á la hora en que lleno estas líneas un lance pendiente, que me figuro que acabará en *acta*...

¿Quiere usted decirme el resultado, si lo sabe?

GUILLERMINA STOCK



— ¡Si no es más que esto lo que teníamos que ver!

Oye chiquilla...

Ya sabes que yo te adoro
que eres mi sola esperanza,
que en ti cifro mi ventura
que te idolatro, serrana,
que por ti diera la vida
ó lo que quieras; tú manda,
pide lo que se te ocurra
y lo haré de buena gana.
Pues bien serranita mía,

morenilla idolatrada,
hace poco que he sabido
una cosa que me extraña;
que hará quince días... ¡justos!
un teniente de la armada
te ha requerido de amores
con intenciones bastardas
y de ti me han informado
que te alegran sus palabras.



La gracia del clown.

Por lo tanto, morenilla,
a que ha sido mi esperanza,
ya que nunca me ha gustado
estar donde no hago falta
ni he querido que por *primo*
hubiese quien me tomara;
te dejo libre, bien libre
hasta ver cuando te cansas,
y cuando por fin comprendas

que ha sido grave tu falta,
y que todos te aborrecen,
y te ofenden y maltratan.
Entonces, niña querida,
entonces prenda adorada,
ven á mis brazos si quieres,
te perdonaré tu mancha;
¡y aunque parezca mentira
te querré con toda el alma!...

MORENO



— La ha mareado con sus palabras ese pillastre de Santelmo.
— Nó, querida: Santelmo (hombre) nó, Sanlúcar... vino.



El hijo de Angelina

Angelina á secas la llamaba todo el mundo. Creo que no tenía otro nombre, por lo menos no la oí nombrar de otra manera nunca.

Airosa en el andar, desahogada en el decir y lista y resuelta en todo, Angelina era mujer agradable que contaba con las simpatías de cuantos hacían vida desordenada.

¡Triste es confesarlo! con todas las cualidades que la adornaban haciéndola mujer digna de estimación, había caído en lo más inmundo del fango social.

El primer escalón de la denigrante escala lo bajó por amor vehemente de hembra en celo; el segundo, por vivos deseos de lujo y de vagancia, confundiéndose, al fin, con lo más tirado, porque se fué aviejando, pasó de moda y le era imposible vivir entre la gente honrada, de la cual se había ido distanciando poco á poco.

Conservaba Angelina algún dinero: más de treinta mil pesetas, de las muchas que ganó en la venta de placeres, y, de no haber sido tan aficionada á la «eterna juerga», tal vez se habría retirado á pasar tranquilamente el resto de su vida sin necesidad de traficar más con su cansado cuerpo.

La única acción buena de Angelina había sido la de conservar á su lado á un niño, hijo suyo, hermoso, vivaracho, risueño siempre, y tan guapote que como decían las vecinas: ¡Jesús, daba gozo mirarle!

Las ternezas del corazón eran letra muerta para Angelina: no había querido nunca á nadie.

Los hombres para ella eran los mayores enemigos, la causa de su degradación y su ruina, y sólo estaba contenta cuando les veía sufrir.

Aquel corazón, sin embargo, tenía que pagar tributo á la vida; tenía que palpar, inquieto, por alguien, sentir amor desinteresado y vehemente.

El objeto de sus afanes y de sus desvelos fué su hijo que iba á cumplir los cuatro años y estaba hecho una alhaja, si hemos de dar crédito á la expresión de cuantos le conocían.

Preocupábale á la pobre mujer el porvenir del muchachuelo, y en más de una ocasión, cuando se entregaba á los licenciosos placeres de la orgía poníase seria al considerar como Angel, que tal era el nombre de pila del muchacho, se avergonzaría al llegar á hombre y saber quien había sido su madre.

En tales momentos se sentía tan triste que daba pena mirarla.

También ella soñaba como la generalidad de las madres, que quisieran ver á sus hijos coronados reyes. El despertar de estos sueños era desconsolador: ella la única corona que podía ofrecer á aquel pedazo de sus entrañas era la de la más afrentosa ignominia.

Llegó á preocuparle tan seriamente la cuestión que el sueño huía de sus ojos y pasaba las noches agitándose nerviosamente en la cama presa de desesperación sin límites.

El niño cumplió cinco años. Cada día que pasaba era para Angelina, nuevo martirio que aminoraba sus fuerzas. Ya Angel había empezado á delectarse. Iba al colegio de una señorita, que llevaba camino de no casarse nunca, y el chico estaba muy contento de la maestra, que tal vez conoce-

¡ Una que sabe leer

dora de su desgracia le compadecía y se había tomado por él no poco interés.

Angelina, tras de meditarlo mucho tiempo, se decidió á obrar como había pensado.

Un día la maestra se encontraba meditando sobre un punto de moral, cuando sintió que llamaban á la puerta tímidamente. Invitó á pasar.

El sol mandaba su último rayo á la tierra, los gorriones venían á bandadas á refugiarse á los árboles del jardín, cuando entró Angelina en la sala de la escuela.

Tímida, sin resolución apenas para dar un paso no parecía la misma mujer, resuelta y desvergonzada de siempre. Iba como abrumada bajo el peso de su vergüenza.

La maestra al ver que era de su sexo la que en su casa entraba se levantó saliéndole al encuentro y le preguntó lo que quería.

La pintura que ostentaba Angelina en su ajado rostro motivó en la señorita marcado gesto de disgusto.

Angelina se decidió á hablar, después de titubear un poco:

Iba á solicitar una buena obra, una obra de caridad, grande muy grande. No era dinero lo que pedía, que dinero tenía ella bastante.

—Ya conoce usted á Angel, es mi hijo... ¡El la quiere á usted mucho: siempre habla bien de su maestra y cuando llega la hora del colegio se pone loco de alegría. Por nada del mundo cambiaría él la clase. Los días de fiesta está triste porque no puede ver á la señorita.

La maestra escuchaba pensativa,

Angelina prosiguió:

—Yo le estoy á usted muy agradecida porque quiere á mi hijo y se porta bien con él, y la quiero como si fuera usted mi principal; mi única amiga.

—Aun no he acabado—dijo la mujer al ver que la maestra se disponía á hablarle—ruego que me oiga y perdone la molestia que estoy ocasionándole con mi presencia. Decía, que mi Angel la quiere á usted mucho... Yo ya usted sabe quien soy: ¡una mujer perdida! y el pobre niño cuando llegue á ser hombre tendrá una pesadumbre muy grande si sabe quien soy y que soy su madre... ¡Si usted fuese tan buena que se encargara de él! ¡Si usted quisiera servirle de madre haciéndole olvidar la suya!! Usted no sabe cuanto se lo agradecería y de lo que yo sería capaz... No haga señas negativas: ¡El estará tan contento si tiene á su lado á una señora tan buena como usted! Se olvidará de mí, no me conocerá cuando sea hombre y...

No pudo continuar; se ahogaba. El llanto salió de sus ojos á raudales: se arrodilló besando frenética de dolor el extremo de la falda de la maestra que estaba confusa sin saber que contestar á

aquel sér, despreciable mancha de lodo de la última capa social.

Pasada la primera sorpresa mandó á Angelina que se levantara. Esta tornó á las súplicas.

La maestra tuvo que repetirle que se conformaba, que le llevara el niño y se despidiera de él.

Angelina, llorando á mares sacó una cartera y se la dió á la pasmada señorita.

—Ahí van treinta mil pesetas—dijo.— Con esa cantidad tendrá usted lo bastante para educar al niño y cuando se acaben, si yo no puedo darle más, ya será él hombre y sabrá trabajar para usted porque usted le habrá hecho bueno.

Quiso besar la mano de la maestra y ésta le abrió los brazos y la dejó llorar sobre su honrado pecho. Quedaron en que á otro día Angel se quedaría allí para siempre, mientras ella se marcharía á otra parte, para no estorbar.

La maestra quedó en la puerta mientras se perdía Angelina en las compactas tinieblas de la noche.

Y al día siguiente recibió á Angel con los brazos abiertos, colmándole de caricias, como la madre al hijo que no vió en mucho tiempo.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



CICLISMO. — Apretad bien, porque el *recora* es de 69 horas.

— ¡Bah, tú estás acostumbrada á resistir!



— ¡Si el empresario supiera lo que cuesta desnudarse para vestirse, aumentaría los sueldos!

La muerte de la pulga



Esta maldita pulga
me ha dado tan mal rato
con carreras, picadas,
chupaduras y saltos,

que me encuentro ahora mismo
tan nerviosa que rabio,
y no habrá quien la salve,
si por suerte la agarro.

Saben las condenadas
cuando nos encontramos
en visita, en la calle,
en la iglesia, en teatros,

en sitios donde nunca
podemos desnudarnos
y castigar con saña
sus atrevidos actos.

Pues lo que es si la encuentro,
me va á pagar bien caro
lo mucho que hace poco,
en mi piel ha picado.

¡Oh, bien! ¡perfectamentel
¡ya te tengo en mi mano!
¡ya vas á pagar juntos
tus muchos picotazos!

¡Ahora no te me escapas!
La sangre que has chupado;
las cosquillas que has hecho,
mis nervios agitando,

te sentencian á muerte,
bicho desvergonzado.
¡Con qué gusto tan grande
te estrujo entre mis manos!





MISCELANEA



Un médico muy aficionado á la caza, envía á su criado con dos encargos: una caja de píldoras para un enfermo y media docena de conejos para uno de sus amigos.

El criado confunde las direcciones y entrega al enfermo los conejos con la prescripción siguiente:

«Dosis: tres cada media hora.»

Cuando muera mi morena
al mundo le penará;
al cerrar ella los ojos
se acabó la claridad.

Entre marido y mujer:
—Anoche, Victoria, soñé que estaba en el Paraíso.
—¿También estaba yo, Juan?
—Nó, hija mía; ¿no te he dicho que soñé que estaba en el Paraíso?

CHARADA

Mi segunda repetida
con acento, le ha comprado
un todo á la dos primera
la mujer de un torerazo
conocida por tres prima
lo propio que sus hermanos,
que es un alias muy vulgar
entre los diestros de ogaño.
El dos doble, lo ha adquirido
según luego me ha informado,
para formar un museo
de objetos solo de esparto;
y al que dude lo que digo
si me prueba lo contrario,
mi primera con segunda
en seguida le regalo.

MORENO.

Adivinanza

El sonido de una letra
entre dos notas pondrás,
y de un alto personaje
el título formarás.

JOSÉ VIDAL FERNÁNDEZ.

ROMBO

```

X
X X X
X X X X X
X X X
X
    
```

Substituir las X por cifras, de forma que sumen doce por cada lado.

ZARAGATERO.

Tercio silábico

```

* * * * *
* * * * *
* * * * *
    
```

Substituir las estrellitas por letras de modo que resulte: 1.ª línea vertical y horizontalmente, planta; 2.ª, animal y 3.ª magistrado.

I. TESNOP.

Jeroglífico comprimido

MATRIMONIO VIUDEZ

JUSTO CABAL.

Silla numérica

1	2	3	4	5	6	7	8	9	0	— Nombre de varón.
1	6	3	8	6	7					— Verbo.
5	6	3	5	6	7					— »
7	0	5	9	6	7					— »
7	4	1	2	3	3					— Pueblo de Barna.
5	0	8	9	6	7					— Verbo.
5	6	3	3	6	7					— »
3	3	0	7	6	7					— »
9						7				— »
5	6					3				— Mineral.
1	6					7				— Número.
6		8	3	6	5	6	7	4	6	— Tiempo de verbo.
8		6		5		6				— Nombre de mujer.
6	5	6	8	6	7	6	7	6		— Tiempo de verbo.
7	9	8		0	3	3				— Calle de Barcelona.
8		4		3	6	7				— Nombre de mujer.
6		1		9		2				— Vegetal.
0		8		4		2				— »
		1				0				— Río europeo.
		3				6				— Nota musical.
		5				6				— Consonante.

P. LUQUÍN.

Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADA. — Carmelita,

JEROGLÍFICO. — Cuantos más cómicos más comedias.

CUADRADO. — MILAN
ICELE
LEGAR
ALAMO
NERON

CHARADAS ELECTRO ZOOLOGICAS. — Ca-pon
ten-ca],
mi-ca
as-no
mir-lo]
ti-ti
ca-la-mar
pes-cado.

COPA DE ESTRELLAS. — UNCIR
ETER }
MAPA } = Quién mu-
NABA } cho abarca,
OCA } poco aprieta.
QU }
OPIO }

LOGOGRIFO NUMÉRICO. — Cristóbal.

Correspondencia

Atila. — ¿Qué has hecho de tu caballo?

M. G. N. — «La mujer es como el aire,
no lo toméis por chiripa,

Nuestro corresponsal exclusivo en la República Mexicana, es don Joaquín Llobet en Veracruz.

cuando por el hombre pasa al momento lo constipa.»

Abriéguese usted bien, amigo; con eso de la *grippe*, los constipados suelen ser peligrosos.

Nones. — Por más que la idea no se distingue por su novedad, no me disgustan del todo. Veamos, pruebe usted á corregir los finales. ¡Ah! y no se escondan ustedes detrás de los pseudónimos, que eso es de mal gusto.

Un quidam. — «Un conocido tenía que se metió á usurero y al encontrarme un día me dijo muy zalamero: Acude á mi amistad si te hallas en apuro pedíle una cantidad cobróme real por duro.»

El hizo bien en pedir; presentía que el dolor de pagarle le haría á usted poeta.

P. J. — Veremos si hallo modo de arreglar el «amor prudente». Cuide usted un poco más la forma y estudie las incorrecciones. Las asonancias en versos consonantes son de efecto desastroso.

Gótico. — «Los españoles estamos dejados de la mano de Dios y ya no nos salva ni la caridad.»

¿Hombre, eso á mí qué me importa? ¡Cuénteselo usted á Silvela!

A. T. — «La altiva cumbre derrumbarse he visto del castillo de naipes que he formado cuando has venido tú y tu ojo altivo los naipes ha mirado.»

¡Pues no le digo á usted nada si, además de mirarlos, los sopla! ¿Pero de dónde se sacarán ustedes esas ideas fenomenales que no caben en el papel? ¿en qué establo abrevan.. digo, en qué fuentes beben la inspiración?

Venancio. — «Ayer le dije á mi madre que te quería y al oirme me *hechó* á la cabeza una silla; una silla, medio desvencijada y de rejilla.»

¿Usted es modernista, colorista ó esteta? Conviene saberlo, porque usted comprenderá que no todos los ronzaes tienen el mismo tamaño.

E. de L. — No entiendo la firma. Mándela usted clara y con su verdadero nombre. No tengo noticia de

lo que me dice. Esos correos son como nuestros regeneradores. No adelantan.

F. C. — Veilafior (Portugal). — No servimos suscripciones más que por semestres; el precio es seis pesetas, pago adelantado en letras de fácil cobro... Le agradecemos la atención, pero usted comprenderá que la Administración no puede apartarse en sus asuntos de la norma establecida.

Un crítico. — «*Sudermann* es un ático que lleva en la idea el germen de la melenita...»

Para los cerebros vacíos, como el de usted.

E. D. S. — Y. E. G. — Si verdaderamente es el primer ensayo, es posible que con perseverancia y estudio afinen ustedes el arpa. Eso que me mandan es flojo y muy gastado. Lean ustedes mucho á los buenos autores antiguos y modernos, extranjeros y nacionales, y déjense de imitaciones. «O ser ó no ser», he ahí el problema en poesía. Hablo así, porque me piden ustedes consejo. No quiero desanimarles, pero las fuerzas ustedes mismos deben probarlas... y sentir las.

V. L. O. — En mi vida he visto disparatar tan lindamente como usted disparata. Creo que se necesita *talento* para decir las cosas tan mal.

Pepe. — A Z — R. G. T. — *Ubaldo.* — *Cañamones.* — N. de la G. — D. P. — *Hache.* — R. R. — *Kalendas.* — U. G. — *Tirulegue.* — A ninguno de ustedes puedo complacer.

Nueva edición corregida y aumentada, por el DR. TOSMAE.
 ANTES, en el
LECHO CONYUGAL
 y DESPUES

Condiciones que han de reunir el hombre y la mujer para considerarse aptos para la relación sexual (órganos genitales, estructura, dimensiones, defectos que imposibilitan, etc.). Consejos que deben tenerse en cuenta en la relación sexual para que ésta se verifique en forma fisiológica (placer, duración, posiciones femeninas y masculinas, etc.). Precauciones que deben adoptarse para que los abusos no debiliten, perturben ó anulen el poder genital, conservando siempre la virilidad de la juventud más robusta. Es, pues, este libro una verdadera guía del hombre y la mujer que quieran conocer los secretos más íntimos y sublimes de la relación sexual.

A 3 pesetas en las buenas librerías y vá por correo, enviándolas en libranza ó sellos á LA AVISPA, Alcalá, 23, Madrid. En Madrid se vende librerías de Fé, Car.º S. Jerónimo; San Martín, Puerta Sol, 6; Suárez, calle Preciados, y LA AVISPA, Alcalá, 23.

En Barcelona. Herederos de Felip y Compañía.
 Zurbano, 6.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violonne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. 6 pesetas.
 Año. 11 »
 Extranjero y ultramar, un año. 17 »
 Número corriente, 20 céntimos.
 Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de «La Ilustración», calle de Valencia, 311. — Barcelona.





LA SAGRA

20 cents.

Núm. 435

